

# ***Colección DIVA***

Número 21 – Setiembre del año 2000

Dirección: Silvia Elena Tendlarz ([stendlarz@pccp.com.ar](mailto:stendlarz@pccp.com.ar))  
Comité de redacción: Marcela Giandinotto y Maritza Reynoso  
Colaboración: Marcela Froidevaux (Santa Fe)

## **LOS HOMICIDIOS INMOTIVADOS**

**PAUL GUIRAUD**

*“Y aun más lejos va Guiraud, mecanicista, cuando su artículo acerca de los homicidios inmotivados se afana en reconocer que lo que alienado trata e alcanzar en el objeto al que golpea no es otra cosa que el kakon (mal, vicio, perversidad) de su propio ser”. Así comenta Lacan el artículo de Guiraud en “Acerca de la causalidad psíquica” (1945). Este artículo de Guiraud, publicado en l'Evolution Psychiatrique de 1932, para Lacan es una referencia clave en el análisis del pasaje al acto homicida de Aimée en su tesis de 1932.*

Entre los homicidios cometidos por los alienados, un cierto número aparece como actos lógicos y motivados desde el punto de vista de las ideas delirantes. A veces son premeditados y cumplidos con conocimiento de causa, al igual que los asesinatos de los criminales ordinarios. Comprendemos fácilmente el acto de un delirante celoso que mata a su mujer, el de un perseguido que creyéndose deshonrado o martirizado por un enemigo imaginario, toma con gran lucidez las disposiciones para vengarse. Nuestra estadística muestra que las violencias de este género son sin embargo relativamente raras. Deseamos llamar la atención sobre otra categoría de homicidios realizados por alienados, sin intervención de una impulsión o de una cólera patológica, y que incluso no parecen motivados por una idea delirante. Estos hechos no fijaron demasiado la reflexión de los médicos legistas y esto se comprende. La alienación mental y la irresponsabilidad de sus autores es evidente, y sobre todo son necesarias consideraciones hipotéticas para explicarlas. Esta

disposición no concuerda mucho con el rigor y la certeza necesarias en medicina legal. Una ciencia sólo es posible si admite al menos como un postulado la determinación rigurosa de los fenómenos que estudia. Los alienistas deben pues estar convencidos que todos los actos de los alienados, por más extravagantes e inesperados que sean, tienen causas precisas al igual que los actos de los más normales. Aunque incierto y siempre vacilante, el estudio de los homicidios aparentemente inmotivados puede suscitar problemas interesantes. Si bien conservamos nuestra entera independencia respecto del psicoanálisis ortodoxo, pensamos que en los casos de este género es necesario admitir la acción de móviles inconscientes, de los que daremos algunos ejemplos. Diremos, utilizando la terminología de Freud, que se deben distinguir los crímenes del yo y los crímenes del Ello. En el primer caso, el individuo actúa con plena voluntad y con la fusión de libertad, en el segundo, el organismo obedece directamente al Ello, el Yo permanece como

un espectador asombrado, pasivo y a veces resistente.

Paul había sido un alumno asiduo e inteligente. Había aprendido fácilmente el oficio de dibujante y era, según la opinión de todos, un muchacho calmo, ordenado, silencioso y trabajador.

A los dieciocho años un cambio comenzó a manifestarse. Cada vez más taciturno, parecía absorberse más en su trabajo y desinteresarse del resto. Su pensamiento interior permanecía, sin embargo, activo y se dedicaba a invenciones de hornos eléctricos y otros aparatos referidos a su profesión. "Era impreciso y poco claro, pero yo pensaba sin cesar en ello, y tomaba un lápiz para trazar los planos". Luego la actividad de Paul declina, su trabajo no le da más satisfacción. Perdió su lugar, dejó su familia y se fue a vivir a una habitación aislada.

Se sentía invadido por un malestar inexplicable y se volvía día tras día más inactivo. "Para distraerse y reconfortarse", intentó beber hasta cuatro litros de vino por día. Tenía el vino triste, decía, y "se sentía más bien atontado".

Aun cuando hasta entonces era indiferente desde el punto de vista religioso y político, se puso en relación con oradores del Partido Comunista, asistió a algunas reuniones políticas. La doctrina comunista le gustó sobre todo por su aspecto místico, y la redujo a un vago odio hacia los tiranos y los explotadores, y a una esperanza imprecisa que todo iría a cambiar.

Al mismo tiempo se volvió extremadamente religioso. Pasaba largas horas en la iglesia. "Hastiado de los hombres, me volvía, como quien diría, hacia Dios". Paul jamás había tenido muchas preocupaciones sexuales. "Las mujeres me dejaban frío, era un verdadero hielo". Las dos o tres experiencias que había intentado le dejaron un recuerdo "nada agradable, por el contrario".

Un día Paul detiene en la estación del Este a un taxista y le pide que lo conduzca a La Ferté-sous-Jouarre. Durante el trayecto habla con el

conductor, le explica que es estudiante de medicina y que se dirige al castillo de su padre, el conde Figeac. El conductor, en intercambio de sus confidencias, le cuenta que es un antiguo oficial de la marina rusa. En los alrededores de Ferté, Paul hace que se detenga frente a un parque, penetra allí con el conductor y habla largamente con él.

Bruscamente toma un revólver y descarga cinco tiros en la espalda del conductor, lo ve caer y vuelve tranquilamente al automóvil e intenta vanamente ponerlo en marcha. Por otro lado, jamás aprendió a conducir. Se hace transportar a La Ferté por un auto que pasa por la ruta, se presenta en la comisaría y confiesa haber robado un auto, y luego haber matado al conductor, que, por otro lado, sólo estaba gravemente herido.

Las razones que Paul da a los peritos para explicar su acto son contradictorias y novelescas. "Un día se extravió al salir del subte. Se encontró con desconocidos que lo condujeron a un sótano en donde estaban reunidos docientos o trecientos rusos. Era una sociedad secreta que le confió la misión de suprimir a un traidor, el conductor que debía herir. Para ello le dieron una suma importante: 27.000 francos, dijo primero, luego 119.000, luego 800.000.

"La ejecución del conductor sólo era el preludio de una gran revolución pacífica y sin derrame de sangre". El rol de Paul en el asunto consistía simplemente en matar once personas. no eran asesinatos sino supresiones.'

Esta fabulación delirante está asociada a síntomas de hebefrenia que no son dudosos: indiferencia afectiva, autismo, inactividad, etc.

Después de dos años de internación el cuadro clínico no cambió. La inteligencia silogística de Paul permanece intacta, efectúa sin dificultad los cálculos que se le da, resuelve correctamente los problemas, se transformó en un virtuoso de las palabras cruzadas. Pero toda su actividad intelectual está entorpecida por una bradipsiquia acentuada y

persistente. Su mímica permanece fija e inexpressiva. Su indiferencia personal y familiar es muy destacada, a veces interrumpida por períodos de odio colérico contra sus padres o contra el personal del asilo. Cuando se le interroga sobre su tentativa de homicidio, Paul responde que se acuerda mal de ello, que cometió el “gesto” bajo la probable influencia del alcohol. Mientras tanto, cuando le sometimos nuestra hipótesis sobre la génesis de su acto, nos respondió que más o menos era eso y que él ya había dado una explicación análoga, pero menos precisa, a otro médico.

Los síntomas fundamentales observados al comienzo en Paul fueron la inercia, el desinterés y un sentimiento doloroso de extrañeza interior que para nosotros son característicos de la hebefrenia. “Tristeza, pesar, neurastenia”, dice. Si bebió fue para luchar contra la invasión de estos síntomas. Las preocupaciones políticas y religiosas que contrastan con su estado anterior son para nosotros una sublimación defensiva. Es la “aversión contra la vida y contra los hombres que lo llevaron hacia Dios”, agrega. ¿Por qué fue atraído por el comunismo? Porque como consecuencia de su misma enfermedad, de su sentimiento doloroso de disminución vital, se sentía llevado a ver las cosas por su lado peyorativo. Proyectó en la sociedad su pesimismo interior. Fusionó la noción de su enfermedad con la del mal social, o a lo mejor simbolizó la primera a través de la segunda.

Los hebefrénicos, al comienzo, cuando sienten agotarse las fuentes instintivas de su vida mental, no siempre aceptan pasivamente su hundimiento, tienen sobresaltos de energía, a menudo en forma ansiosa y dramática. Paul dice: “Era anormal, eso empeoraba, sentía que era necesario hacer algo”. Se dice que la violencia es la fuerza de los débiles. No es posible curarse a través de un acto brusco liberador, pero el enfermo tiene siempre el deseo de eso; para asegurarse de ello, es suficiente con

constatar los accesos de irritación de los neurasténicos contra su enfermedad. En Paul esta tendencia se realizó derivándose. Lo vimos fusionar su enfermedad con el mal social. Pero contra el mal social el acto brusco liberador es posible, por lo menos algunos lo creen. Es la reacción de Harmodius y de Aristogiton, es la reacción de Brutus. A través de un acto de violencia, Paul intentó suprimir el *kakon* para emplear la expresión de V. Monakow de Mourgue. Matar al tirano para él era matar la enfermedad. Pensamos que el relato del conductor que le informa que era un oficial ruso, hizo despertar bruscamente esta tendencia que, si bien no se expresa en él conscientemente, se realiza a través de un acto de cortocircuito (satisfacción directa de una tendencia sin estado de intelectualización). La invención novelesca de un complot en el sótano es un ensayo de explicación imaginaria retroactiva. A lo mejor el estudio de los magnicidas revelaría este estado neurasténico, ese sentimiento doloroso de extrañeza interior que encontramos en nuestro enfermo.

Nuestra segunda observación se aproxima a la precedente. El sujeto está afectado por un delirio de persecución desde casi su infancia. Triste, inquieto, desconfiado, se arma para defenderse contra enemigos y, un día, tira con un revólver, sin una razón aparente, sin una idea delirante, precisamente sobre personas de su familia que jamás consideró como enemigos. La tendencia a matar la enfermedad se satisface sin que lo sepa y casi a pesar suyo.

Desde su infancia Edouard era inquieto y atormentado. Era trabajador., pero jamás alegre y francamente afectuoso. Jamás tuvo un amigo. Era nervioso, excitado, montando en cóleras violentas frente a la menor contradicción. Muy autoritario, quería siempre ser el amo, el jefe, cuando excepcionalmente jugaba con otros niños. Tuvo por lo demás una infancia desdichada. Adolescente, Edouard se vuelve aún más taciturno. El racionalismo mórbido descrito por

Rognes de Fursac y por Minkowski se observa en él muy nítidamente. “El hábito de las privaciones, como así también la voluntad, hacían de mí un hombre sin pasión, sin grandes deseos. Estaba muy orgulloso de ver que mi cerebro me guiaba enteramente”. Desde el punto de vista sexual era muy frígido.” “La experiencia de la vida de los otros y una austeridad propia —que, por otra parte, yo no ocultaba— me hicieron alejar de las combinaciones amorosas”.

La aparición de las ideas de persecución fue precoz en Edouard. no fue más que el desarrollo de su estado original de inquietud y de desconfianza siguiendo una progresión insensible.

Entra como estudiante en una Escuela dental y desconfía inmediatamente de su entorno. “Mi ardor sorprende. Tengo el aspecto de un tonto, se olfatea el engaño. Pero unos y otros se queman los dedos: soy un resistente, no soy un rebelde”. En contradicción con esta última palabra, Edouard llega rápidamente a la convicción de que una tenebrosa maquinación se trama contra él. En largas memorias, más ricas en detalles que en precisión, intenta hacer comprender cómo las Escuelas dentales lo persiguieron: hubieran podido explotarlo, lo molestaron por cuestiones de diplomas, se favorzaba a otros a costa suya. En suma, no padeció ningún perjuicio real. Sin embargo protesta, denuncia la mala organización de las Escuelas, se queja al comisario, en la Jefatura. Naturalmente se lo sacan de encima. Concluye de ello que poderosos protectores políticos protegen a sus enemigos, que todo está podrido en la sociedad, y a la inversa del primer enfermo que se volvió hacia el comunismo, se afilia a la Acción Francesa. “Las desdichas inmerecidas padecidas desde la infancia, habían desarrollado en mí el gusto por la justicia. El deseo de ver reformar las leyes malas, de ver mejorar las condiciones de la vida humana, era muy grande, y actuaba en ese sentido” .”En noviembre de 1924 me indigné por la grosería de los políticos que

habiendo aprovechado la guerra luego de haberla provocado por su insuficiencia, dejan a los mutilados y a los lisiados sin ninguna ayuda eficaz, y me afilié a la A. F.”. Se ve aquí el enlace directo entre el pesimismo individual y el pesimismo social. Cansado de reclamar sin éxito, de ser a menudo convocado en la comisaría por formalidades profesionales, inquieto por el aspecto de la gente, Edouard se arma: se compra dos pistolas automáticas y numerosos cargadores. Acumula las razones para justificar su conducta: trabajo de noche, vecindad de mala reputación; asesinatos políticos; estímulos policiales al desorden; dejan armados los malos elementos mientras que la policía desarma a los buenos, etc.’

Finalmente sobreviene la reacción asesina. Registramos integralmente el relato de Edouard:

“Cenan ruidosamente. Luego mi hermana se pone en el piano. Alcanza a tocar las “Arenas del Riff”. Yo leía “Antinea”. La estupidez de la canción que mi hermana toca con encarnizamiento me molesta. Me surge una idea: ‘Si los asusto’. Rápidamente me aseguro que manejándolas se sabrá lo que yo tengo allí. No me encuentro en estado de excitación, de lo contrario habría salido. Entro en el comedor, agito las pistolas en el bolsillo y todos me miran. Me retiro. Mi hermana toca de nuevo las “Arenas del Riff”. Voy y vengo durante ese tiempo de mi habitación a la antecámara. Otra idea. Voy a volver al comedor. Allí no tengo ningún objetivo, vuelvo y no sé por qué. No tengo una idea de peligro ni de odio, ningún sentimiento. Estoy frío. ‘Entonces, ¿ quieren que los mate?’, digo. ‘Sí, sí, ¡tira!’, gritan riéndose. En un segundo están en el piso, alcanzados en la frente. Luego dejo la pieza. Pero la puerta que recibo en la espalda me ‘molesta’. La empujo. Roberto se escapa a la habitación. Yo seguí, me sentía muy tranquilo, no experimentaba ningún odio. Tiro debajo de la cama; no debía haber allí abajo ni un lugar para un perro. Por mirando a mi hermana (que no reconocía). La

veía sentada, la cabeza doblada hacia mí haciéndome una mueca horrorosa. Me encontraba en un estado de gran bienestar.

Luego me retiré tranquilo, más bien sorprendido, cuando veo aparecer en la puerta de la habitación un puño armado con una botella sostenida verticalmente. ¿Qué? Vuelvo a abrir. ¡un resucitado! Experimento una impresión formidable. Una cabeza líbida, enormes ojos, un templo sangrante, ¡un cuerpo que titubea! ¡Y ese brazo extendido, ese puño, esa botella vertical!... No comprendo. Tiro vivamente la puerta sobre mí. Al mismo tiempo disparo. Entonces entiendo. Hasta allí actué maquinalmente. Pero al tomar conciencia, no sé más qué hacer. Me siento capturado por temblores intensos. Luego, 'iré a la comisaría'."

Resultado: un muerto, un herido muy grave.

En la reflexión, Edouard intenta explicarse por qué tiró contra sus padres. Declara que actuó en un momento de locura. Este autodiagnóstico le alcanza, la locura provocando en él actos sin causa. Plantea que no actuó por venganza. "Para ejercer una venganza hubiera buscado enemigos, gente de la Escuela dental, mi suegra, policías", escribe. No estuvo especialmente empujado por la desesperación o el interés, como lo demuestra largamente.

Para nosotros, que buscamos las razones incluso en los actos de locura, creemos que Edouard tenía necesidad de realizar un acto violento liberador para intentar desembarazarse de esa cenestecia dolorosa, de su inquietud y de su desconfianza patológica. Agreguemos que Edouard entra en el cuadro de la psicosis alucinatoria crónica. Desde su arresto se queja de ruidos provocados durante la noche, de trastornos digestivos extraños y, más tarde, de electrificaciones dolorosas ejercidas por el personal del asilo, alucinaciones injuriantes, eco del pensamiento, etc. Subrayemos de pasada que las alucinaciones sólo aparecieron tres años después del

comienzo de los trastornos mentales manifiestos.

En los ejemplos siguientes, el acto de violencia resulta de un mecanismo psicológico diferente y no parece ya estar destinado a matar la enfermedad.

Enrique es un muchacho de 27 años, originario de América del Sur. Vino a París después de algunos meses sin un objetivo preciso. Quería primero comprar un banco de comercio, luego comenzó a estudiar derecho y se instaló en el Barrio Latino con una amiga, Clara.

Ya estaba enfermo antes de venir a Francia. El inicio parece haber consistido en preocupaciones sexuales. Muy religioso y, al mismo tiempo, muy ardiente, Enrique no sabía cómo habérselas con eso. Se acusa de haber tenido relaciones homosexuales y de haber tenido mujeres fuera del matrimonio. "Pero después me volví demasiado casto, tuve la noción de que la castidad era dañina para la salud mental. Conocí cuarenta y dos mujeres diferentes". Cuando estaba demasiado atormentado por sus escrúpulos religiosos, Enrique iba a pedir consejo a un sacerdote de sus amigos que le recomendaba casarse. Este sacerdote jugó un rol importante en su vida y queda asociado en el espíritu del enfermo a todos sus conflictos religiosos-eróticos.

En París, además de Derecho, Enrique hace espiritismo. Se entregó a experiencias de este orden en América, pero las había abandonado puesto que están prohibidas por la Iglesia. Al leer en "L'Intransigeant" que el espiritismo es científico, vuelve a leer obras sobre este tema.

Luego está poseído por un "Espíritu guía". Este Espíritu le hace escribir a pesar suyo, y en particular, le hace imitar la firma de su padre. Enrique concluye que este Espíritu es su propio padre. A pesar suyo su mano se pone a escribir trozos literarios, el apellido de una joven que debe ser su novia. Aunque está muy enamorado de su amiga, va a ver a esta novia que él conocía y vuelve muy perturbado e igualmente muy enamorado. Otros

Espíritus intervienen, le envían sensaciones muy dulces para el corazón, le hacen escuchar ruidos, le hablan durante la noche, le ofrecen hacerle ver animales, y efectivamente, hacen aparecer delante de sus ojos ratas y una cabeza verde de cocodrilo. Le hacen escribir una larga confesión de su vida, le anuncian que su tío fue envenenado, etc.

Un día el Espíritu lo conmovió profundamente revelándole que el sacerdote que había sido su director de conciencia había abusado de su hermana. “Era imposible. Pero el Espíritu me decía: ‘¡Hay que matarlos Soy yo, vuestro padre quien se lo dice. El sacerdote va a venir. Viene’. Creía que era una mentira. La puerta se abre. Era Clara, mi amiga. Le pregunto: ‘¿Crees en Dios? ¡No!’”. “Pero era necesario que yo hiciera un acto de fe. El Espíritu me poseía. Con el más grande dolor la estrangulé. En el corazón, la voz de Santa Teresa de Lisieux...”. Siguen consideraciones místicas.

En esta observación el mecanismo de asesinato no aparece claramente. Pero ciertamente está ligado a complejos sexuales y religiosos. Insistamos en la fusión entre Clara y el sacerdote. El espíritu ordena matar al sacerdote, pero es Clara quien es sacrificada. Sin embargo, el enfermo no hace entre las dos personas ningún error, como podría ocurrir, por ejemplo, en un estado crepuscular. Reconoció muy bien a Clara, pero la identificó al sacerdote por una condensación frecuente en el pensamiento de los delirantes y los primitivos.

Nuestro último ejemplo será más breve.

Louis es un ser insignificante de cuarenta y un años. Enclenque, tímido, perdió a su mujer hace cinco años y está enfermo desde entonces. Gana bien su vida, pero permanece taciturno, triste, sin interesarse por nada. Su único consuelo y sostén es su hija.

Desde algunos meses, Louis se siente particularmente incómodo. Lo miran con insistencia, lo siguen en la calle. Siente que una desgracia lo amenaza. Constata que su hija es igualmente seguida. Son sobre todo jóvenes poco recomendables. Está inquieto, recomienda sin cesar a su hija que sea prudente, que no hable con nadie, etc. Ella, que tiene 17 años y desea distraerse un poco, es molestada por los incesantes consejos de prudencia de su padre, y “lo manda de paseo”. Louis se pone cada vez más ansioso. Termina por creer que sus enemigos quieren raptar a su hija, y para evitar esta desgracia, la mata a tiros con un revólver.

Internado, el enfermo está desesperado por su acto y se comporta como un melancólico.

En este caso la explicación parece bastante simple. No se trata del clásico homicidio altruista de los melancólicos que matan a alguien para evitarles la desgracia por venir. Esos, cuando son sinceros, siempre intentan seriamente matarse luego, porque tienen temores imaginarios sobre todo por ellos, y accesoriamente por su falla. Louis es viudo, su hija reemplaza a su mujer en la casa. Constata que desde hace algún tiempo ella se emancipa, que habla con jóvenes, que a lo mejor pronto se casará y lo dejará. La mata por celos inconscientes. Cuando escribimos celos no vemos nada sexual en este sentimiento, es el temor de perder una persona querida cuya presencia es necesaria.

A través de algunos ejemplos quisimos llamar la atención sobre la importancia de los motivos profundamente inconscientes en ciertos actos de violencia cometidos por alienados. No disimulamos cuánto nuestras explicaciones pueden ser imperfectas e hipotéticas, pero pensamos que los relatos hechos por nuestros enfermos tenían por lo menos algún interés.

Traducción: Silvia Elena Tendlarz

## **Números mensuales aparecidos en la *Colección Diva*:**

### **1998**

- Nº 1 (julio): "Saber del feminismo", por Graciela Musachi.  
Nº 2 (julio): "Bibliografía de Jacques-Alain Miller en español", por Silvia Elena Tendlarz.  
Nº 3 (agosto): "La sexualidad femenina temprana", por Ernest Jones.  
Nº 4 (setiembre): "Introducción a la política lacaniana", por Jacques-Alain Miller.  
Nº 5 (octubre): "El ángel exterminador. Reflexiones actuales de política lacaniana", por Miquel Bassols.  
Nº 6 (noviembre): "Acerca de un motivo en la formación del superyó femenino", por Hans Sachs.  
Nº 7 (noviembre): "La epopeya de Lacan. Seminario de política lacaniana II", por Jacques-Alain Miller.  
Nº 8 (diciembre): "El modelo y la excepción", por Eric Laurent.

### **1999**

- Nº 9 (marzo): "La relación entre fantasías de flagelación y un sueño diurno", por Ana Freud.  
Nº 10 (abril): "La experiencia del pase", por Germán García.  
Nº 11 (mayo): "Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina", por Maurice Bouvet.  
Nº 12 (junio): "El estadio fálico", por Ernest Jones.  
Nº 13 (julio): "Las dos frigideces de la mujer", por Marie Bonaparte.  
Nº 14 (agosto): "La metáfora universal", por Jules de Gaultier.  
Nº 15 (setiembre): "La ecuación simbólica muchacha = falo", por Otto Fenichel.

### **2000**

- Nº 16 (marzo): "Reflexiones sobre el tratamiento de un caso de neurosis obsesiva", por Rudolf Loewenstein.  
Nº 17 (abril), "Una contribución al estudio de la sumisión extrema en la mujer", por Annie Reich.  
Nº 18 (mayo): "El superyó femenino", por Silvia Elena Tendlarz.  
Nº 19 (junio): "Vías de formación del superyó femenino y el complejo de castración en la mujer", por Edith Jacobson.  
Nº 20 (agosto): "El transplante de órganos", por Marcelo Barros.